

## EL PRIMER SENDER (Y IV). LA GUERRA CIVIL<sup>1</sup>

José-María SALGUERO RODRÍGUEZ

PRECEDENTES. *MÍSTER WITT EN EL CANTÓN*

La guerra civil como posibilidad se consideró ya desde poco después de la proclamación de la República; por entonces los contendientes serían de un lado los partidarios de una profunda revolución social —es decir, los anarcosindicalistas, comunistas, el sector radical de los socialistas y una amplia masa popular sin clara adscripción ideológica— y de otro los partidarios de un sistema más conservador y tradicionalista que la república burguesa y democrática —principalmente, propietarios y la Iglesia—. No se contaba, pues, con otros grupos políticos que con posterioridad ejercieron un indudable protagonismo en el enfrentamiento armado, tales como los nacionalismos, el republicanismo burgués, el fascismo, el carlismo y el propio ejército. A comienzos de la década Sender pensaba en una guerra civil como paso previo a una situación revolucionaria, por tanto positivo. Pero tras los sucesos de Casas Viejas pudo imaginar lo que sería una guerra civil de ámbito nacional, después de haberla observado a escala local. Y cambia de opinión. Los agrupamientos ideológicos de fines de 1934 serán un precedente de los de 1936, pero ya la dicotomía ideológica será abismal. En julio se pensará en un golpe de estado con repercusiones públicas de escasa duración. Sin embargo, será ahora cuando se produzca el enfrentamiento profetizado.

La convocatoria del Premio Nacional de Literatura en 1935 planteó una revisión histórica del siglo XIX. Sender precisamente eligió un acontecimiento que preludiaba la situación del momento: la insurrección cantonal de Cartagena en 1873 y

---

<sup>1</sup> Última entrega de la serie «El primer Sender», que se ha venido publicando en *Alazet* desde el número 7 y que ha pretendido recoger las líneas fundamentales de la investigación realizada en mi tesis doctoral («El primer Sender [1919-1939]: proceso textual e ideología»), leída en 1994 en la Universidad de Extremadura. Una copia íntegra de la misma ha quedado depositada para su posible consulta en los fondos del «Proyecto Sender» del IEA.

su represión en 1874. También entonces se enfrentaron la aspiración autonómica y la reivindicación social con el tradicionalismo político y el centralismo militarista; ya entonces se previó la posibilidad de confrontación a escala nacional, hubo bajas apreciables cuantitativamente, enfrentamiento civil, represión social y hambre. El cuadro quedaba esbozado. La concesión del premio supuso el espaldarazo público del novelista y un rápido éxito de ventas, pero todo ello no se debió sólo al oportunismo temático. Sender dedicó tiempo y concentración a la confección de la novela,<sup>2</sup> que pudo disfrutar de una elaborada técnica y composición. La obra fue reeditada sin cambios significativos en 1968 y tras alguna reimpresión aparecerá de nuevo en 1987,<sup>3</sup> pero esta vez como edición crítica, con amplio estudio introductorio y comentario a pie de página, todo ello a cargo de José-María Jover, quien se centra en la década de los treinta para enmarcar la novela senderiana en la evolución ideológica del autor, tan agitada como la de la propia sociedad en que se hallaba inmerso, evolución ideológica que es conveniente recordar por cuanto efectivamente fuera de ella no se puede entender correctamente la novela.

Jover señala tres etapas en esta evolución, de las que la primera abarcaría del año 1930 a mediados de 1932; consistiría en una fase de esperanza revolucionaria y obra más periodística que literaria. La segunda etapa iría desde el final de 1932 al de 1934, con un claro acercamiento a las posiciones pragmáticas del Partido Comunista, determinado por los sucesos de Casas Viejas y el viaje de Sender a la URSS. La tercera fase comprendería desde finales de 1934 a la guerra civil. La formación de una familia —matrimonio con Amparo Barayón y nacimiento de su hijo Ramón— por parte de Sender podría haber motivado un cierto apartamiento del activismo comunista, en cuya cúpula se había instalado en su época de director de *La Lucha*. Sender se centraría pues en la actividad literaria —revistas— y sobre todo en la redacción de *Míster Witt en el Cantón*, que para Jover sería lo más significativo desde el punto de vista ideológico.

*Míster Witt...* no es ya una novela de agitación revolucionaria, como lo fue *Siete domingos rojos*, aunque trate de tema revolucionario. Ahora los protagonistas de la revolución no son sólo los líderes o activistas, sino también la gente humilde de la calle que sufre las consecuencias e incluso los antagonistas, como en cierta medida el propio *míster Witt*. Jover, partiendo de estos dos temas iniciales —*míster Witt* y la revolución—, los desarrolla y considera hasta cinco elementos básicos esenciales para entender la coherencia novelística; es decir, además de los dos citados, Milagritos, la ciudad cartagenera como personaje colectivo y toda la Humanidad como personaje único digno de la compasión y de la comprensión superadora de las diferencias ideológicas.

<sup>2</sup> Ramón J. SENDER, *Míster Witt en el Cantón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1936.

<sup>3</sup> Ramón J. SENDER, *Mr. Witt en el Cantón*, Madrid, Alianza, 1968. Ramón J. Sender, *Míster Witt en el Cantón*, Madrid, Castalia, 1987.

Para Jover el tema cantonal es previo al del personaje de Witt —especialmente cuando de aclarar la génesis de la novela se trata— por el arraigo que el tema revolucionario tiene en el primer Sender. Pero olvida en primera instancia Jover otra razón para establecer tal primacía y que sólo considerará en último término: la condición indispensable para presentarse al Premio Nacional de Literatura de que la novela retratase un episodio histórico del siglo XIX, y, a juzgar por la prisa con que se redactó, parece evidente que tal circunstancia motivó la elección del marco histórico de la obra. En cuanto al tema genérico de la revolución, en realidad no es sólo una idea constante en el Sender de la década de los treinta, sino la temática generacional de los escritores de izquierda, es decir, la «novela social» o lo que otros llaman el «nuevo romanticismo».

Para definir en qué idea de la revolución se embarca Sender, Jover parte del punto vital en que se redacta *Míster Witt...*, es decir, el paréntesis comunista tras el desencanto literaturizado en *Siete domingos rojos*, el viaje a la URSS y la colaboración política con los comunistas, por cuyo pragmatismo Sender estaba deslumbrado. Pero la filosofía comunista se habría corporeizado más bien en la tromba revolucionaria de la novela anterior, *La noche de las cien cabezas*, de 1934. Ahora se aprecia una variación vital que no puede achacarse al carácter de novela histórica de *Míster Witt...*, sino a la continuación de la curva filosófica originada en *Siete domingos rojos*, agravada por el triunfo de la reacción contrarrevolucionaria en toda Europa —Alemania, Austria, Italia y España—. En este contexto se enmarca la confección de esta nueva novela de la revolución, para cuya determinación temática Jover señala, además de la condición del concurso ya citada, la similitud política entre la Primera República y la Segunda en que se hallaba inmersa toda la intelectualidad literaria y periodística del momento, el resabio federalista del anarquismo finisecular al que sentimentalmente se encontraba ligado el novelista y sobre todo la lectura de *El Cantón murciano*, que Antonio Puig Campillo había publicado en 1932.<sup>4</sup>

Todos los críticos coinciden en que Sender no utilizó los *Episodios Nacionales* de Galdós sino el libro de Puig Campillo. Sobre este material heredado, Sender ejerce su punto de vista; el cotejo de Jover detecta la supresión de los pocos hechos históricos que empañan la imagen del Cantón como alzamiento pacífico —bombardeos de Almería y de Alicante y acción de Orihuela—. La segunda modificación del Cantón senderiano con respecto al de Puig consistiría en «la atribución al pueblo del protagonismo en la acción revolucionaria [...] relegados a un segundo plano [...] los grandes responsables políticos», de los que sí se salvarían Froilán Carvajal y sobre todo Antonete Gálvez, que asumiría de alguna forma «la inflexión experimentada por la utopía revolucionaria de Sender por los momentos —1935— en que la nove-

<sup>4</sup> Antonio PUIG CAMPILLO, *El Cantón murciano*, Cartagena, Carreño, 1932. Jover señala una reedición en Murcia, Editora Regional, 1986.

la se redacta».<sup>5</sup> En cuanto a Antonete, este personaje encarnaría la asunción de la ideología personal senderiana, asunción conscientemente anacrónica y sistemática por cuanto aparece también en otras obras, especialmente en novelas históricas, como el hermano de Teresa en *El Verbo...*, Pedrarias en *La aventura equinoccial...*, etc.

La levedad de las modificaciones deja sentada la fidelidad constante a Puig en cuanto a los hechos históricos de la revolución. Sobre este material, ya originalmente favorable al alzamiento cantonal, Sender desarrolla su propio tratamiento igualmente favorable, con lo que se abre una nueva etapa en la consideración historiográfica del hecho insurreccional, tal como puede comprobarse hoy en cualquier estudio histórico moderno, como el de María-Alice Medioni:

Los republicanos federales, valiéndose de la Constitución de 1873, ven la posibilidad de tomar el poder y realizar la Federación como anhelo. Sin embargo, el levantamiento cantonal causa la muerte de la Primera República, que coincide con el fracaso del último cantón, el de Cartagena. Este fracaso no sólo acarrea un evidente retroceso en sentido reaccionario, sino que contribuye además a desacreditar la idea de la insurrección espontánea. A partir de este momento, las masas populares se convencen de la necesidad de organizarse para vencer.<sup>6</sup>

Este rápido balance historiográfico coincide con el que Sender noveliza, especialmente por lo que se refiere a la moraleja final, que se corresponde también con el propio posicionamiento senderiano de 1935: descrédito de la espontaneidad y necesidad de organización. Y en último término, una vez constatada la derrota de la experiencia revolucionaria, coincidiendo con el estado de relativo desánimo del Sender de 1935, *Míster Witt...* siempre deja una puerta abierta a la esperanza, más acorde con la ideología de las novelas senderianas del exilio.

Tras el tema revolucionario, el segundo punto del aspecto social de *Míster Witt...* trata de su condición de reportaje urbano, que manifiesta constantemente la vida cotidiana cartagenera, pero no sólo de 1873 sino también de 1935. Jover señala detalles narrativos que remiten, no ya a la Cartagena de 1935, sino a la de la guerra civil: manifestaciones, bombardeos, sabotaje y voladura naval, fusilamientos... El tono de profecía sólo lo pudo conseguir Sender proyectando sobre su presente de 1935 los augurios del inminente estallido civil o el reciente recuerdo del clima bélico de la revolución de Asturias, auténtico ensayo de lo que sucedería en 1936.

La novela enlaza dos mundos complementarios desde el mismo título: este mundo social de la Cartagena revolucionaria y el mundo familiar de *míster Witt*, que abarca no sólo a su joven esposa española, Milagritos, sino también a Froilán Carvajal, primo de aquélla, fusilado ya por republicano.

<sup>5</sup> José-M<sup>a</sup> JOVER, «Introducción biográfica y crítica», en Ramón J. SENDER, *Míster Witt en el Cantón*, Madrid, Castalia, 1987, p. 79.

<sup>6</sup> María-Alice MEDIONI, *El Cantón de Cartagena*, Madrid, Siglo XXI, 1979, p. 108.

El protagonista es un típico *gentleman*, con pretensiones intelectuales, que trabaja de ingeniero; tiene 53 años. El contraste con Milagritos se ejerce en edad, carácter, forma de pensar, ilusiones e incluso ideas políticas. Si Milagritos conecta fácilmente con los cartageneros, *mister Witt* sólo defiende al Cantón frente al cónsul inglés y al corresponsal del *Times*, más conservadores aún que él. Entre el *mister* y su esposa se interpone constantemente la sombra de Froilán Carvajal, del que ella conserva unas cartas y la venda ensangrentada que le tapó los ojos en su fusilamiento y que constituye una obsesión fetichista para Witt como símbolo de una supuesta infidelidad de su esposa. Años más tarde Sender construirá una obsesión similar para una pareja similarmente heterogénea en *Carolus Rex*. Mientras el alzamiento ha ido cobrando fuerza al unirse la escuadra a la sublevación, *mister Witt* recuerda la ejecución de Froilán: pudo intentar salvarle, pero no lo hizo.

Conforme se incrementa el material historiográfico, la presencia de *mister Witt* y Milagritos se difumina, apareciendo aquél como mero espectador de la cotidianeidad cantonal e integrándose su esposa en la marea revolucionaria como enfermera de la Cruz Roja. La sombra de Froilán Carvajal sigue interponiéndose entre la pareja, pero disminuida ante la importancia de los acontecimientos. *Mister Witt* va perdiendo dignidad moral: primero lee clandestinamente las cartas que su esposa conserva, luego rompe la urna con la venda ensangrentada y al final quemará la venda y las cartas en un vano intento de destruir un presunto pasado de infidelidad de Milagritos. Este proceso de decadencia moral y de crisis de personalidad coincide con el empeoramiento de la situación cantonal: *mister Witt* toma por primera vez partido contra la causa insurreccional y propicia por medio de un sabotaje la voladura de la *Tetuán*, como símbolo del final de la experiencia cantonal y del propio proceso de desintegración moral del protagonista. Sin otra posibilidad de desenlace novelístico, Milagritos, que conoce la implicación de su esposo, parece perdonarle, un tanto abruptamente, y salen de una Cartagena en vísperas de rendición para ir a Madrid a intentar curar la esterilidad de la pareja, como única posibilidad de esperanza en el futuro.

La propia existencia verosímil del protagonista, es decir, de un inglés en la experiencia cantonal, está contemplada historiográficamente. Juan-Bautista Vilar considera frecuente la presencia de extranjeros en la región:

[En] Cartagena ejercitaban múltiples actividades a la sombra del negocio minero. En esta última ciudad eran particularmente numerosos, habiendo sido atraídos desde antiguo por las posibilidades económicas ofrecidas por su activo puerto y por su condición de emporio indiscutible de la minería en todo el SE peninsular.<sup>7</sup>

Para Jover, Sender ha basado su creación por un lado en el estereotipo victoriano, pero también en el ejemplo de dos ingleses reales, *mister Carrow Ashley Cooper*, cuñado de Joaquín Arderius, y *mister George Borrow*, autor de *La Biblia en Es-*

<sup>7</sup> Juan-Bautista VILAR, *Bases sociales y económicas del Cantón Murciano*, Madrid, Castellote, 1976, p. 103.

*pañá*, tocayo de *mister Witt* y que como él contempla la civilización española desde la óptica de la inglesa. Dentro de este victorianismo *mister Witt* se manifiesta de una forma más intelectual, más senderiana, por medio de sus preferencias estéticas —Carlyle, Emerson, Butler, Hogarth...—, sospechosamente irracionalistas o modernas. El último rasgo «moderno» que señala Jover para *mister Witt* sería el de «símbolo premonitorio de lo que sería la actitud británica hacia la República española» en la guerra civil (p. 98), no tan premonitorio cuando tal actitud hipócrita ya se había manifestado con ocasión de la ocupación de Abisinia por Italia en 1935.

Además de lo dicho, *mister Witt* es el intelectual que observa la revolución desde una posición distante y privilegiada, revolución que en principio acepta, pero siempre con ciertas reservas, un poco como Sender mismo, encuadrado en organizaciones proletarias sin ser proletario él mismo; y en parte ya fue así Samar, el protagonista de *Siete domingos rojos*, también un protagonista algo autobiográfico, como vimos. Los gustos «irracionalistas» e intelectuales de *mister Witt* son los de Sender mismo, pero dentro del campo del victorianismo.

Ambas esposas —la de Sender y la de *mister Witt*— son naturales de localidades rurales tradicionales y retrógradas frente a la ciudad progresista y cosmopolita: Zamora frente a Madrid, Lorca frente a Cartagena. En la novela, como luego sucederá en la vida real y como probablemente ya habría sucedido en alguna ocasión, la posibilidad de un empeoramiento de la situación revolucionaria plantea el recurso de la retirada de aquéllas a sus respectivas localidades natales. La llegada de un futuro hijo de Milagritos supondría la estabilidad conyugal, como de alguna manera ocurrió con Sender y Amparo Barayón. Otro rasgo específicamente senderiano que se trasvasa al protagonista es el enaltecimiento de la víctima, la consideración de los fracasos como triunfos relativos. El ingeniero inglés siente en parte por Carvajal lo que el novelista sintió por otros fusilados, como las víctimas de Casas Viejas, los protagonistas de *Siete domingos rojos*, o lo que sentiría después por su hermano Manuel.

En cuanto al personaje de Milagritos, el crítico murciano parte del concepto de subordinación: ante su esposo —como contrapunto— y ante el hecho de la sublevación —como personificación del subconsciente colectivo—. Pero esa identificación con la insurrección cartagenera adolece en principio de inconsistencia por razones de verosimilitud histórica; es decir, por la extracción social de Milagritos y por su condición de lorquina. Para Jover, ambos datos contradirían insalvablemente su espíritu cantonalista, si Sender no tuviera en mente la imagen de una Milagritos real, que según Jover pudiera haber sido Dolores Arderius, hermana del novelista Joaquín Arderius, amigo de Sender, que habría accedido a la información pertinente por medio de aquél. La imagen de esta señora coincidiría más o menos con el físico de Milagritos; además estaba casada con un ingeniero inglés, ya citado, no necesariamente de la *personalidad* de *mister Witt* aunque sí con su misma edad hacia 1935 (pp. 104-105).

Eludiendo ya el tema del referente real y volviendo al carácter de Milagritos como contrapunto de su esposo, Jover desvela que la caracterología de ésta se opone, y por tanto complementa, a la ya desarrollada para su esposo; es decir, no es analítica, competitiva, celosa, insegura, introvertida, etc., sino espontánea, solidaria, generosa... Este rasgo simbólico de Milagritos y de *mister Witt* hace que Jover no se extrañe tanto como Carrasquer del desenlace abrupto en que Milagritos perdona a su esposo todas sus indignidades, toma la iniciativa y proyecta la marcha a Madrid o, lo que es lo mismo, prepara el terreno para que tengan un hijo. Ese final es necesario para que Milagritos, o la *hombría* senderiana, triunfe o, al menos, abra una puerta a la esperanza.

También Turton se había referido a este enfrentamiento o contrapunto, llevado hasta el final, entre Milagritos y su esposo, pero el canadiense, más crítico y lector menos entusiasta que Jover, señala su carácter maniqueo rondando la torpeza. En cuanto a la elección de punto de vista del narrador, Turton señala certeramente que Sender, para enfrentarse objetivamente con una realidad histórica, se erige como narrador omnisciente que maneja débilmente un simbolismo decimonónico.<sup>8</sup> En otras palabras, Sender, acostumbrado a la narrativa viva y directa, al estilo reportaje..., cuando se pone a escribir para un jurado —no lo olvidemos: esta novela está escrita para un jurado—, teóricamente favorable a técnicas tradicionales, se atiene a ellas y no siempre consigue sus propósitos. Puestos a detectar defectos técnicos, será conveniente señalar otros estructurales, que probablemente se deban a las mismas causas que los señalados: intención de atenerse a una estructura clásica, que luego no se mantiene por in habituación y falta de tranquilidad constructiva y correctora.

Así, la división de la novela en tres libros, con ocho, seis y siete capítulos respectivamente, parece coincidir con el desarrollo clásico de exposición, nudo y desenlace. En el primer libro predominaría el tema de los protagonistas, en la segunda parte el tema cantonal y en la tercera *mister Witt* y Milagritos volverían a asumir el protagonismo. Todo encaja, salvo —y ahí estaría el error— que para ello el segundo libro debería haber abarcado también los tres o cuatro primeros capítulos del tercero. El segundo desajuste estructural se produce en la estructura mensual, que Jover comenta detenidamente. Pero, con todo, se trata de defectos de detalle sin implicación en el armazón narrativo o el contenido ideológico de la obra, que se mantienen incólumes a pesar de aquéllos. La espina dorsal de la novela se yergue intacta: el doble proceso de *mister Witt* de ensimismamiento y distanciamiento del hecho insurreccional —que le arrebató a Milagritos— se constituye como *gradatio* estructural de la obra, predisponiendo a aquél a la acción y por lo tanto al desenlace. *Mister Witt en el Cantón* significa «cómo afecta el Cantón a *mister Witt*», es decir, sustrayéndole a Milagritos e impulsándolo a la acción.

<sup>8</sup> Peter TURTON, *La trayectoria ideológica de Ramón J. Sender entre 1928 y 1961*, Quebec, 1970, pp. 215-218. Tesis doctoral no publicada.

Centrándonos en el análisis de la estructura de la novela y de la intervención en ella de los protagonistas, será conveniente referir la aportación de Francis Lough, que en un artículo publicado en 1991 sustituye la posición clave que otros estudiosos han concedido al personaje de Milagritos por la importancia que le da a Antonete. Para Lough, el personaje de *mister Witt* encarna el egoísmo individualista, mientras que el de Antonete personifica el altruismo revolucionario, pues estaría luchando «for an idea, whereas [the people] they are simply reacting against the injustices of which they have been victims and have no clear aim in mind». <sup>9</sup> El pueblo habría sido derrotado por «their own moral failings», más cercanos al individualismo egoísta de *mister Witt* que al «altruism and selflessness of Antonete». Ello matizaría la condena de la espontaneidad popular —o anarquista—, llevando el asunto al terreno moral más que al estratégico. El abandono por las masas de los móviles altruistas de aquél prepara el terreno a la derrota.

Otra aportación interesante es la de Mohamed Abuelata, que en la parte de su tesis doctoral referida a las innovaciones técnicas de las primeras novelas de Sender <sup>10</sup> habla de un tempo lento proustiano, en el que el pasado continuamente rellena el presente de *mister Witt* gracias a determinados resortes visuales o auditivos —la urna con la venda, el fuerte Carvajal, los cañonazos, etc.— que le retrotraen constantemente al episodio del fusilamiento de Froilán Carvajal.

Volviendo a la interrelación del protagonista con la historia, *mister Witt* es causa parcial de dos hechos sucedidos en la realidad histórica, la muerte de Froilán Carvajal y el incendio de la *Tetuán*, este último símbolo del hundimiento del Cantón; por todo ello se destaca como héroe autor de la historia. En un momento dado, *mister Witt*, en relación con la urna de la venda, recuerda una frase del filósofo Emerson: «Los grandes hechos de la Humanidad son siempre hechos individuales e íntimos» (p. 251). Si hay alguna tesis en la novela se explica en esa frase. Los acontecimientos históricos se explican por el comportamiento de individuos que actúan según unos intereses personales e incluso íntimos. Así, la muerte de Carvajal se produce por los celos de *mister Witt*; la batalla naval se pierde porque la *Numancia* se sale de la formación obedeciendo al sentimental maquinista Vila, que intenta librar a su nave amada del fuego enemigo, y la traición que origina el incendio de la *Tetuán* se debe al deseo apremiante y obsesivo de *mister Witt* de librarse de Colau, su supuesto competidor en el corazón de Milagritos. En el binomio hombre-historia, esencial en toda literatura histórica, Sender se inclina en favor del hombre y en perjuicio de la historia con esta idea de que los grandes hechos históricos sean explica-

<sup>9</sup> Francis LOUGH, «History and Fiction in *Mister Witt en el Cantón*», *Anales de la Literatura Española Contemporánea* [Lincoln], 16 (1991), pp. 275-290. Cita de p. 286.

<sup>10</sup> Mohamed ABUELATA ABDELRAOUF, *Aspectos ideológicos y técnicos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936)*, Madrid, Universidad Complutense. Reproducida en lo esencial en «Aspectos técnicos en la narrativa de Ramón J. Sender (1930-1936)», *Alazet*, 4 (1992), pp. 11-57.



bles a partir de comportamientos individuales, teoría que se aparta del positivismo sociológico o economicista e incluso del materialismo histórico, propio del supuesto intelectual marxista que Sender representaba, para acercarse a una interpretación de la historia más cercana al individualismo liberal, quizá menos científica pero más humana vivencial y por lo tanto literariamente.

En cuanto a la relación entre la literatura y la historia o al propio concepto de novela histórica, Patrick Collard señala que *Míster Witt...* encaja perfectamente en el concepto de novela histórica que se refiere no sólo a la época narrada sino a la fecha de escritura.<sup>11</sup> En ese sentido se trataría de una novela no sólo sobre la Primera República sino también sobre la Segunda. Esta idea será posteriormente desarrollada por Mercedes Díez-Picazo concretando convincentemente qué simbolismo o presencias esconderían determinados personajes de la novela.<sup>12</sup> Así, Froilán Carvajal sería un trasunto de Fermín Galán, *míster Witt* de Azaña, Antonete de Indalecio Prieto, Paco, *el de la Tadea*, de Largo Caballero, Colau de Companys y Milagritos constituiría la alegoría gráfica de la República. Por otro lado *Míster Witt...* respondería al esquema que posteriormente elaborará Sender para sus otras novelas históricas. En ellas el comienzo de la acción supondría la negación o intentaría la destrucción de ciertas estructuras sociales —*Bizancio*, *Carolus Rex*, *Las criaturas saturnianas*, *Los tontos de la Concepción* y las referidas a Lope de Aguirre, Hernán Cortés, Túpac Amaru y santa Teresa—. En parte de estas novelas la acción estaría determinada por la presencia de extranjeros en tierra desconocida —*Bizancio*, *Las criaturas saturnianas*, *Los tontos de la Concepción* y las referidas a Lope de Aguirre y Hernán Cortés.

Se deduce por lo dicho hasta ahora que *Míster Witt...* es una novela de aluvión en el sentido de que recoge materiales de diversa procedencia. Ya hemos aludido suficientemente a la deuda historiográfica contraída con el libro de Puig; y a lo mucho que la obra tiene de autobiográfica. Pero desde el punto de vista literario Sender también reutiliza antecedentes narrativos que rellenan de alguna forma el armazón estructural e historiográfico descrito.

En cuanto a las estrechas relaciones de Sender con la obra de Valle-Inclán, hay que hacer notar que la serie de novelas históricas de Valle, *El ruedo ibérico*, se interrumpe en 1868, en puertas del derrocamiento de Isabel II. Precisamente el levantamiento cantonal será el último episodio del interregno; de esa manera la novela de Sender continúa, utilizando un tono y un ritmo narrativo distintos, la crónica histórica emprendida por Valle. *Baza de espadas* acoge similar temática de conspiraciones, militares sublevados, revolucionarios radicales y tabernarios, ingleses a los que se

<sup>11</sup> Patrick COLLARD, *Ramón J. Sender en los años 1930-1936. Sus ideas sobre la relación entre literatura y sociedad*, Gante, Rijksuniversiteit te Gent, 1980, pp. 199-204.

<sup>12</sup> Mercedes DÍEZ-PICAZO, «Latencias de la Segunda República en *Míster Witt en el cantón*, de Ramón J. Sender», *Alazet*, 8 (1996), pp. 49-87.

llama *mister*, implicaciones de la flota...; incluso aparecen navíos que, cinco años después, jugarán un importante papel en el conflicto cantonal, como el *Buenaventura* y la *Numancia*. La imagen que de Bakunin desarrolla Valle es similar a la de Antonete: un gigantón brusco, simpático y popular. Incluso una escena del comienzo de la novela se asemeja plásticamente a la imagen de *mister Witt* observando desde su balcón a la flota con su catalejo:

El Vulcano mantiene las calderas encendidas para conducirlos al destierro de las Afortunadas. Los patriotas gaditanos alargan sus catalejos por azoteas y miradores.<sup>13</sup>

Y por fin la última escena del último relato de la serie valleinclanesca, *Fin de un revolucionario*, constituye el embrión del fusilamiento de Froilán Carvajal, que *mister Witt* rememora en el capítulo VIII, hecho esencial para entender la psicología del protagonista, como sabemos. Puesto que Jover copia a pie de página el relato del fusilamiento según Puig Campillo y éste es bastante escueto (p. 324), podemos ver cómo la versión senderiana en realidad constituye una *amplificatio* del fusilamiento de Fernández Vallín en la obra de Valle, de donde Sender extrae numerosos detalles: un coronel con excesiva prisa por la ejecución, un alcalde que llega tarde con el indulto, un reo revolucionario que rechaza la confesión, circunstancia temporal —por la mañana—, circunstancia local —afueras de una aldea— y sobre todo la perspectiva óptica del momento, *mister Witt* observando de lejos el fusilamiento con prismáticos, igual que el marqués de los Llanos en el relato valleinclanesco, y ambos podrían haber evitado la ejecución. El único detalle del fusilamiento que no procede de Valle-Inclán es el de la venda, pero ése ya lo trataremos más adelante.

Otros episodios de la novela están inspirados en diversos maestros de Sender. La frustrada fuga del médico don Eladio Binéfar en el capítulo XIX recuerda inevitablemente la de Fabrice del Dongo en el capítulo vigésimo segundo de *La Chartreuse de Parme* de Stendhal. Muchos elementos comunes refuerzan dicha asociación: nocturnidad, escasa visibilidad, evitación de centinelas cercanos, colaboración de cómplices en el exterior, descenso doloroso de una muralla con cuerda que al final resulta corta y superación a pesar de ello y con escasa dificultad del último obstáculo, de dimensiones engañosas por la mala visibilidad. Las coincidencias no pueden resultar casuales; es cierto que muchos de esos elementos narrativos son de procedencia común del tronco folletinesco, pero en este caso las dos fugas desarrollan un hilo narrativo paralelo. Coherentemente el personaje de Stendhal es un héroe y su fuga prospera, mientras que don Eladio Binéfar es un antihéroe y Sender hace fracasar su fuga.

La celebración de la Cruz de Mayo en el capítulo V es muy similar a la que se describe en *El metal de los muertos* de Concha Espina,<sup>14</sup> también de ambiente sureño

<sup>13</sup> Ramón DEL VALLE-INCLÁN, *Baza de espadas. Fin de un revolucionario*, Madrid, Espasa-Calpe, 1961, pp. 47, 204 y 29.

<sup>14</sup> Concha ESPINA, *El metal de los muertos*, 1922, capítulo III de la segunda parte.

mitad campesino y mitad minero. El festejo está marcado en ambos casos con los rasgos de paganismo y primitivismo, pero lo más sorprendente es que después de él se produce el acontecimiento revolucionario.

Pero lógicamente a quien más copia Sender es a sí mismo y en ese sentido *Míster Witt...* supone una continuidad con respecto a la obra anterior. Precisamente el detalle de la urna con la venda que tan decisivo resulta para la evolución psicológica del protagonista y para el desarrollo de la trama argumental está recuperado de *Siete domingos rojos*, donde cumplía un papel mucho más anecdótico y secundario:

Ese don Fidel es un viejo empleado de la Tabacalera que lleva cuellos y puños duros y que habla siempre de un tío suyo general carlista que fusilaron los liberales, y cuando yo lo ponía en duda me juraba que en su casa del pueblo tiene metido en una urna de cristal el pañuelo con el que le vendaron los ojos.<sup>15</sup>

Para encajarlo en la estructura novelística nueva, el fusilado cambia de bando, aunque los ejecutores son más o menos los mismos. Esta cita es de la edición de 1932. En 1935 Sender efectúa la reutilización. Y cuando prepara las nuevas versiones de *Siete domingos rojos*, consciente de la importancia que adquiere el símbolo en *Míster Witt...*, convierte «el pañuelo con el que le vendaron los ojos» en «el calzoncillo todavía manchado de sangre»,<sup>16</sup> para borrar un poco el rastro.

Otro detalle recuperado de *Siete domingos rojos* es la identificación de un personaje con un objeto inanimado, símbolo de sus ideales. En *Míster Witt...* es el maquinista Vila quien se identifica con la fragata *Numancia* en el capítulo XVI; en *Siete domingos rojos* Progreso González hablaba con el edificio de un cine, en cuya construcción había trabajado, y Samar se relacionaba con una locomotora, símbolo del porvenir futurista.

Algunos temas más secundarios también habían sido utilizados por Sender en obras anteriores, como la prostituta que maldice de la agitación política porque le disminuye la clientela (p. 186) y que acababa de utilizar en «Historia de un día de la vida española»:

Al volver de la Biblioteca, en lo oscuro de un paseo, me ha ofrecido sus servicios una prostituta. El ir desentendido de la realidad, pensando en las estadísticas conseguidas, me ha valido esta imprecación, que me ha vuelto a la tierra: «Lo que es con Abisinia, no hacéis a nadie caso».<sup>17</sup>

El último detalle que puede rastrearse en la obra anterior consiste en una obsesión de la teoría política senderiana: cambian los regímenes políticos pero la situación de opresión social se mantiene. En *Míster Witt...* unos personajes populares se lamentan en una taberna de que, a pesar de la proclamación de la República,

<sup>15</sup> Ramón J. SENDER, *Siete domingos rojos*, Barcelona, Balagué, 1932, p. 234.

<sup>16</sup> Ramón J. SENDER, *Siete domingos rojos*, Buenos Aires, Proyección, 1970, p. 162.

<sup>17</sup> VARIOS [Ramón J. SENDER], «Historia de un día de la vida española», *Tensor* [Madrid], 5 y 6 (octubre de 1935), p. 97.

manden «en los astilleros, en los barcos y en las aduanas los mismos carlistas o alfonsinos que mandaban antes» (p. 178). No es ni más ni menos que la vieja expresión de desengaño, una vez pasada la euforia de la proclamación de la Segunda República, que tantas veces llevó Sender a las columnas de *Solidaridad Obrera*.

Así pues, vemos cómo *Míster Witt...* representa un hito en la narrativa sende-riana por cuanto supone cierta continuidad con la obra de los treinta, pero también constituye cierta curiosidad en su evolución literaria en cuanto revela una relativa habilidad profesional del autor para enfrentarse con un reto literario muy concreto en un molde técnico muy estrecho y en cuanto anticipa la evolución ideológica posterior a la derrota bélica.

#### CRÓNICA DEL PUEBLO EN ARMAS

En 1935 Sender estuvo totalmente absorbido por su labor en revistas como *Tensor* y por la redacción de *Míster Witt...* Tras el éxito de esta obra no volverá a publicar libros antes del exilio, a no ser los motivados directamente por el hecho bélico y destinados precisamente a influir en él. *Crónica del pueblo en armas* aparece fechado en 1936.<sup>18</sup>

El alzamiento del 18 de julio sorprendió a Sender y su familia de vacaciones en la sierra de Guadarrama. Amparo marchó a Zamora con los dos hijos y él se incorporó a las milicias republicanas que se formaron los primeros días en la misma sierra. Pero también desde el primer momento no sólo se dedicó a la actividad militar, sino que ejerció precisamente esa función en el campo más propicio y donde podía ser más eficaz, el cultural. Estuvo en contacto con el movimiento cultural y editorial madrileño; aparecen artículos suyos en *Milicia Popular* y en *El Mono Azul*, el último en septiembre. En el mismo mes de septiembre aparece fechado *Crónica...* El libro consta de 45 páginas, que se quedarían en 38 si descontamos los espacios blancos y los seis dibujos, que pudieran ser del mismo Sender, aunque no están firmados, por su parecido con los de «Pensión en familia», que sí constan como realizados por el novelista. Es decir, por su extensión *Crónica...* está más cerca del folleto que del libro.

Y si atendemos a su motivación es evidente desde el mismo título que la obra supone un intento de resumir la historia española, especialmente desde la guerra de Independencia, como antesala del enfrentamiento civil que se vivía en 1936. O, cambiando el punto de vista, constituiría una explicación de dicho enfrentamiento remontándolo al comienzo de la historia de España y más concretamente al siglo XIX. En su calidad de folleto divulgativo, la obra está destinada a un público más o menos infantil —de hecho la portada esgrime un subtítulo inequívoco, «His-

<sup>18</sup> Ramón J. SENDER, *Crónica del pueblo en armas*, Madrid-Valencia, Ediciones Españolas, 1936.

toría para niños», y una foto de un niño leyendo enmarcada en una estrella de tres puntas—. Ese destinatario se evidencia desde la primera página por el uso de la segunda persona del plural, que se repite a menudo a lo largo del escrito —«Ya podéis figuraros todo lo que eso quiere decir» (p. 3)—, y por el tono pedagógico —parcial e inexacto— del relato. Precisamente si interesa detenernos en este curioso texto es porque Sender, frente a la supuesta inocencia del destinatario, despliega toda una teoría histórica generalizadora que informa el resto de su obra literaria. En cuanto a los valores literarios, no han sido tenidos en cuenta ante las prisas con que se ha redactado la obra; tampoco se considerarían necesarios, dadas las circunstancias del momento. Los críticos han ignorado totalmente la obra y sólo algunos la citan de pasada.

La visión pedagógica ha transformado los contendientes clásicos de la historiografía marxista —clase trabajadora y propietarios de los medios de producción— en dos conceptos igualmente discutibles: de un lado el *pueblo*, término vago desde el punto de vista sociológico pero muy usado en los años de referencia como equivalente de *clase trabajadora*; de otro, los poseedores se convierten en un trinomio obsesivo compuesto por el rey, la aristocracia y la Iglesia. La inexactitud de dicha generalización aumenta cuando Sender resume la primera parte de la historia española, que llegaría hasta la Edad Média: todos los pueblos invasores habrían venido a España —otro concepto inexacto— animados del más optimista espíritu colaborador, que sólo un lector infantil podría creer:

[...] cuando se convencieron de que con el terror no lograrían nada se dedicaron a trabajar con nosotros, a perfeccionar los caminos, los sistemas de riego, la ganadería, las leyes. Pero respetando las libertades del pueblo, sus instituciones y sus leyes. Lo mismo los romanos que los visigodos y los árabes veían trabajar a los españoles una tierra tan rica y vivir tan apaciblemente que todos querían ya ser españoles para siempre. (p. 4)

Esa visión tan favorable de los pueblos invasores contrasta con la imagen tan negativa que da de la Iglesia católica —otro concepto inexacto referido a su llegada a la península—:

Estos hombres no venían a trabajar y a enriquecer nuestro país con su inteligencia sino a prometer a los pobres toda una eternidad de goces y venturas a cambio de la obediencia y la resignación en esta vida. (p. 5)

A partir de los Reyes Católicos la situación del *pueblo* se agrava y se mantiene así durante los tres siglos —XVI al XVIII— de monarquía absoluta. La guerra de Independencia se describe como el primer alzamiento del *pueblo* contra sus opresores, continuado en la presión liberal contra Fernando VII y después contra Isabel II. Los pronunciamientos del ejército *popular* por un régimen más democrático se relatan con detalle y con minuciosidad excesivamente prolija para un folleto divulgativo, identificando bastante ingenuamente al *pueblo* con el sentimiento liberal. Dicho *pueblo* adquiere su mayoría de edad con la llegada de las ideas socialistas y aquí resume Sender su teoría política, no sólo con la ingenuidad requerida por un destinatario infantil o semicultivado, sino con la propia de un teórico proselitista marxista.

La tibieza revolucionaria, que habíamos advertido desde finales de 1935 y que encaja con la inactividad de 1936, se deja de lado ante la circunstancia bélica, que exige otra actitud, medie o no convencimiento:

Los trabajadores debían alcanzar su liberación por sí mismos, sin confiar en las otras clases y para ello habían de tener en cuenta que históricamente poseían una vanguardia articulada y sólida que cada día crecería en poder quisieran o no sus enemigos. Esa vanguardia era el proletariado, o sea los trabajadores de las fábricas y talleres de las ciudades. Hombres estudiosos y valientes difundían estas ideas y organizaban al mismo tiempo a las masas. (p. 25)

Los trabajadores, organizados en las asociaciones de las tres tendencias ideológicas —socialistas, comunistas y anarquistas—, se levantan contra los enemigos del *pueblo*, lucha que sólo prospera cuando se mantienen unidas aquéllas. Las épocas de Alfonso XIII, Primo de Rivera y la Segunda República se describen con detalle, pero de lectura ya no tan ardua por la cercanía cronológica al lector. La guerra civil, en lógica con todo el planteamiento precedente, se presenta como la insurrección de los enemigos del pueblo, que tratan de conservar los privilegios que éste les ha retirado.

Es evidente que el tono entusiasta y belicista de *Crónica...* es exigido por los acontecimientos y que rompe con el tono pesimista y desengañado que arranca de 1934. Si la actitud y vicisitudes de muchos españoles en la guerra civil fueron determinadas por la zona geográfica en que les sorprendió su inicio, en el caso de Sender fue determinante por cuanto le confirmó en la línea que había empezado a abandonar, al menos en parte, al integrarse desde el comienzo de las hostilidades en unidades militares del 5º Regimiento, cercano a la cúpula militar republicana y al Partido Comunista. En ellas medró hasta diciembre de 1936 aproximadamente. Pero todo eso lo cuenta en *Contraataque*.

#### CONTRAATAQUE. BIOGRAFÍA MILITAR Y FAMILIAR

Este libro se publica en 1937 en tres ediciones distintas: inglesa, norteamericana y francesa. En España en principio sólo aparece un capítulo, *Primera de Acero*, como folleto; el libro se publicará íntegro en 1938.<sup>19</sup> El hecho de que vea la luz primero en el extranjero obedece a la propia motivación de la obra, escrita principalmente como propaganda de la causa militar y política republicana a efectos de romper el aislamiento internacional, conocido como *política de no intervención*. Para ello Sender insiste a lo largo del libro en varios puntos:

— La guerra pretendía mantener el sistema democrático republicano atacado ilegalmente por los rebeldes y no necesariamente proclamar la revolución social.

<sup>19</sup> Ramón J. SENDER, *Primera de Acero*, Madrid, Quinto Regimiento, 1936. Ramón J. SENDER, *Contraataque*, Madrid-Barcelona, Nuestro Pueblo, 1938. También Salamanca, Almar, 1978, edición plagada de erratas, con «Introducción» de Sender, por la que se cita.

— El proletariado y la pequeña burguesía española estaban claramente al lado del régimen republicano, que por lo tanto no podía ser derrotado.

— La marcha de las operaciones militares se veía alterada por el decidido apoyo italiano y alemán a las tropas sublevadas, que además contaban con la contribución de fuerzas coloniales marroquíes (la moraleja evidenciaba la necesidad de interrumpir la *política de no intervención*, rota ya por el bando fascista).

Los veintidós capítulos del libro constituyen unidades autónomas, como los cantares de una epopeya, y Sender mantiene a lo largo de la obra el espíritu épico —exaltación del nacimiento de una nación, que en este caso es el nuevo régimen proletario y democrático—; el momento heroico se proyecta, no a un futuro remoto, sino a la inmediatez perentoria de las operaciones militares, necesitadas del apoyo internacional; el novelista es tan consciente del carácter épico de *Contraataque* que en un momento dado alude a cuatro grandes epopeyas de la historia de la literatura universal (p. 205). La autonomía de muchos de estos capítulos revela un origen independiente como material periodístico. Así, el capítulo IX, que narra un viaje de agitación cultural y de mantenimiento de la moral bélica al frente de Córdoba, ya se había publicado en parte en *Milicia Popular*. Y el capítulo VIII, que incluso contribuye al tono épico con un estribillo claramente poético y popular —«Ra, ra, ra, los de Acero pasarán»—, se publica como folleto antes que la obra íntegra. Precisamente al final de este capítulo se alude a la fecha de escritura —14 de junio de 1937—, sólo medio año después del tiempo narrado en el último capítulo de la obra, que sucede en diciembre de 1936.

Ésta es la particularidad más notable del libro, su carácter de reportaje inmediato, no sólo en cuanto a que la acción pasa inmediatamente a la escritura, sino por la necesidad ya comentada de que el resultado de la lectura —apoyo bélico— se concrete inmediatamente con respecto a la acción relatada —marcha de las operaciones—. El autor es tan consciente del nexo temporal entre acción y escritura que los relaciona continuamente, en especial al final de los capítulos —como moraleja—:

Desde esas líneas, los nuestros rechazan cada día, cada hora al enemigo. [...] Esa línea ya no pudieron arrollarla. La rectificamos y la conservamos hoy todavía. (pp. 130 y 228)

El paso del pretérito narrativo al presente del reportaje se proyecta incluso al futuro inmediato en que se procura la reacción del lector sobre la propia acción bélica narrada:

Las glorias de Franco sólo podrán escribirse en los cementerios. Sus cantores serán los verdugos [...] Pronto os podré contar cómo fue el triunfo. (pp. 348 y 390)

Esa proyección hacia el futuro, exigida por la intención apelativa del relato y desmentida hoy por la perspectiva histórica, se desvela como ingenua y por tanto desacorde con la pretendida objetividad de la narración. De ahí el desfase entre el libro y el lector de posguerra, imposibilitado de acceder al relato con la misma disposición que su lector natural, es decir, el de 1937 y 1938. En todo caso la obra pue-

de ofrecer el interés de proporcionar información histórica y en menor medida autobiográfica.

De los veintiún capítulos de la misma, los tres primeros suponen una introducción desde el punto de vista autobiográfico, pero sobre todo desde el histórico y sociopolítico. En ese sentido, la necesidad de explicación del hecho bélico por sus orígenes, antes de tomar partido, enlaza la concepción de *Contraataque* con *Crónica del pueblo en armas*. Esta continuidad con respecto a obras anteriores no se limita a las causadas por el hecho bélico —es decir, *Crónica...* y los artículos de *Milicia Popular*—, sino que se remonta por alusiones, conversaciones o detalles narrativos a libros más lejanos, como *La noche de las cien cabezas*, de donde se extrae el fugitivo que se esconde en un nicho de cementerio y que pasa al final del capítulo XV de *Contraataque*. De la misma época proceden las alusiones que se hacen sobre el tema de la hombría y la personalidad, que ejemplifican el interés colectivo y el individual, en conflicto en el momento bélico, o la escasa importancia que se concede a la muerte:

Había una fusión tal entre el *derecho* individual y el común, y una limpieza de objetivos (defensa de las libertades populares), que no aparecía jamás el individuo ni *lo individual*. [...] no debemos llorar a este hermano, sino correr a ocupar el puesto que ha dejado abierto en nuestras filas. (pp. 67 y 105)

*Contraataque* detalla la acción bélica y explica la razón del apartamiento de Sender de la misma. La primera parte del libro, subtitulada «Guadarrama», relata las peripecias de Sender los primeros días de la guerra en las escaramuzas de la sierra madrileña, marcadas con el signo del desorden y la improvisación, con un culpable claro —el desinterés de las autoridades, tanto políticas como militares, que no estaban a la altura de las circunstancias— y un salvador —el entusiasmo de milicianos y campesinos—. Es la parte más autobiográfica en cuanto a que Sender va relatando lo que él vio. Pero aun así podemos comprobar un cierto grado de información recibida: Sender no sólo cuenta lo que vio, sino los acontecimientos que oyó narrar. Si comparamos «Guadarrama» con un relato manuscrito existente en el Archivo Histórico del Comité Central del Partido Comunista de España, se ve que Sender no llegó a poseer tanta información sobre los sucesos de esos días en esa zona. Al menos el anónimo informante, respondiendo a la consigna comunista de relatar todo lo que pudiera parecer relevante sobre los hechos bélicos, refiere con mucho más detalle, pero también mucho más brevemente, los acontecimientos de julio en la sierra. En aquellos hechos en que coincide con Sender, a pesar del estilo resumido y directo, proporciona una mayor información sobre los mismos:

Las Milicias que quedaban en la Sierra pararon el golpe y se estacionó el frente hasta el final de la Guerra con algunas modificaciones pero no de gran importancia. El coronel Castillo al saber el descalabro ocurrido a la unidad y saber que entre los muertos se encontraba su hijo Capitán en la unidad se suicidó pegándose un tiro en la cabeza.<sup>20</sup>

<sup>20</sup> [Sin firma], «18 de Julio 1936. En los pueblos de la sierra de Guadarrama (Navacerrada. Alto del León)», carpeta 66, Archivo Histórico del Comité Central del PCE. Antes del título y con otra letra manuscrita se anotan dos nombres —Zafra y Cano— con sendas interrogaciones. Folio 8.



La versión senderiana —no sólo en este episodio— es más minuciosa, pero por referir detalles descriptivos, por aumentar la cobertura literaria, en fin; no proporciona una visión más informativa, aunque sí va dotando cada momento narrativo de la suficiente humanidad como para hacerlo historia viva:

[...] a mis espaldas sonó un disparo de pistola. Me volví, creyendo que se trataba del disparo casual de un imprudente, y vi vacilar sobre sus pies y caer por fin, desplomado, a un anciano vestido de uniforme. Su pistola rebotó en el suelo y vino a mis pies. Uno de los compañeros la cogió, se la guardó e hizo un comentario:

—Es el coronel Castillo.

[...] Yo me acordé de los soldados de Ferrocarriles que huían la tarde anterior. Este coronel era su jefe. [...] Cualquiera que fuera el caso de conciencia de ese coronel, era respetable. Antes que traicionar, prefirió suicidarse. (pp. 70-71)

Se deduce que Sender no necesariamente estuvo presente en el suicidio del coronel Castillo: si lo hubiera vivido, dispondría de más información, como por ejemplo que su hijo hubiera muerto. Da la impresión de que Sender se apropia de una de las versiones orales de entonces sobre un suceso tan sobresaliente como para que todos los cronistas de aquellos hechos, como Modesto por ejemplo, lo tuvieran en cuenta.<sup>21</sup> Esta primera parte sobre Guadarrama termina con un capítulo sobre la creación de la 1ª Compañía de Acero, según el sistema disciplinado y pragmático del Quinto Regimiento, lejos de la espontaneidad de las milicias populares. Con esa narración se abre el tema de la eficacia militar, que se desarrolla a continuación.

La segunda parte, a pesar de la temática común, es más heterogénea. En un capítulo se narra la expedición cultural a Andalucía. Y en el XII se aborda un suceso muy curioso: Sender se encuentra en Madrid con una *amiga*; estando en una casa vacía, aparece un fascista emboscado, que parece ser conocido o amante de la mujer. Este episodio merece análisis aparte por dos razones: la primera, porque es el único que describe el ambiente doméstico de Sender, es decir, lo más íntimamente autobiográfico, aunque paradójicamente este ambiente no aparece compartido con su mujer e hijos sino con una *amiga*. Pero lo más interesante, desde el punto de vista del análisis literario, es que en este capítulo se encuentra el germen de la trama narrativa y dramática de *El rey y la reina*. Lo característico de esa novela es que, siendo de tema bélico, la narración se desarrolla apartada de la propia acción bélica, que llega lejana en el sonido de los cañonazos. El jardinero Rómulo esconde a su ama, la duquesa, en el último piso del palacio ocupado por los milicianos; a escondidas de Rómulo la duquesa se ve con su amante, un fascista quintacolumnista. También este capítulo de *Contraataque* se desarrolla apartado de la acción bélica central, en un contexto constantemente bélico. El novelista y su amiga se encuentran en la casa cerrada, revisan papeles, hay alguna alusión medievalista, como en *El rey y la reina*... El fascista que aparece con intenciones suicidas sería el germen del aman-

<sup>21</sup> Juan MODESTO, *Soy del Quinto Regimiento*, París, Ebro, 1969, p. 35.

te de la duquesa: lleva una vida peligrosa, aparece misteriosamente, elucubra reflexiones abstractas y barrocas sobre la guerra, la vida y la muerte..., es el único fascista que denuncia errores en su propio bando... Todo aparece en ambos libros. El mismo personaje llevaría también el germen del enano Elena: es un faccioso perseguido por el barrio, que se esconde, que es herido... Sender sólo tendría que configurar al jardinero Rómulo para completar el reparto de *El rey y la reina*. Por otro lado, la posterior reutilización de este episodio en la etapa antiestalinista de Sender —años cuarenta y cincuenta— demuestra que *Contraataque* no es un hito tan aislado en su trayectoria como el propio escritor se ha encargado de asegurar en la misma introducción de la edición de Almar. Sender puede variar su óptica política y lo hace a menudo y muy abruptamente, pero nunca por ello condena al olvido un momento narrativo interesante.

El resto de la parte segunda abunda en hechos militares. Sender ha sido nombrado capitán y manda una compañía, por ello es de resaltar su participación en el ataque desde Olías contra Bargas. La tercera también incluye algún capítulo interesante, como el XVI, que supone una dolorida queja ante los bombardeos contra Madrid. La defensa de la capital es el tema general de esta parte; pero el capítulo XVII, que narra un contraataque por la zona sur de Madrid contra Seseña, frustrado, según Sender, porque un sector de los atacantes confunde Torrejón con Seseña y por la falta de organización, es realmente el que da título al libro y requiere un análisis detallado, por cuanto aporta implicaciones autobiográficas interesantes para poder entender la evolución ideológica del autor y en especial su relación con los comunistas.

La cuestión principal radica alrededor de su etapa como jefe militar. Aparece bien descrito el periodo en que el novelista va integrándose en la estructura militar hasta el ataque contra Bargas. Sin embargo, contrasta la morosidad y falta de modestia con que se describe el nombramiento de capitán con la celeridad con que el protagonista se ve inmerso en el Estado Mayor. La historiografía comunista sostiene que Sender no estuvo a la altura de las circunstancias en ese sentido, especialmente en el contraataque del 29 de octubre contra Seseña. En el libro se narra el hecho militar en sí, pero el autor no profundiza en su propia responsabilidad. Veamos cómo un militante comunista, Santiago Álvarez, cuenta su versión, que más o menos coincide con la de otros cronistas correligionarios:

[...] Ramón J. Sender, el jefe del Estado Mayor de la Brigada, había desaparecido sin que nadie conociera su paradero. Posteriormente nos enteramos de que había huido hacia Madrid, poniéndose a salvo, sin preocuparse en absoluto de los hombres de la unidad de cuyo Estado Mayor era el jefe y sin importarle tampoco la suerte que correría Madrid. Eso demostraba lo erróneo de su nombramiento. Quizá la responsabilidad no recaía tanto sobre él, como sobre quien lo propuso para aquel cargo. Porque se puede ser un brillante escritor y no tener madera de combatiente.<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Santiago ÁLVAREZ, *Memorias. La guerra civil de 1936/1939. Yo fui Comisario Político del Ejército Popular*, Coruña, Edicións do Castro, 1986, p. 76

Lo narrado por Sender en el capítulo XVII no contradice claramente la versión comunista oficial. En *Contraataque* el novelista está presente todo el día en el puesto de mando; Sender se apresura a asegurar que su jefe le impidió avanzar a primera línea. Lo único que aporta personalmente es la reorganización de una compañía de dieciséis hombres; por lo demás, sólo aparece como testigo de la confusión de Torrejón con Seseña y de la falta de apoyo de la aviación. No se ve que intente algo más, ni siquiera que reflexione sobre lo que podría haber hecho, aunque sí lo hace con respecto a lo que otros podrían haber hecho. Su autocrítica es nula. Con respecto al abandono del puesto, resulta significativo que Sender detalle todo lo que hace durante todo el día o, mejor dicho, todo lo que habla y lo que ve pero que, al llegar al crepúsculo, cambie el punto de vista y el tono narrativo: primero resume el estado final del frustrado contraataque, pero no según él lo viera sino con el estilo de parte oficial. Después, para no comentar su actuación al final del día, introduce como distracción una carta, real o supuesta, intervenida a un prisionero franquista. De ahí —noche del 29 de octubre— pasa al 4 de noviembre, en que empieza el cañoneo contra Madrid. De manera que se corre un tupido velo sobre lo narrado por Santiago Álvarez. Los tres capítulos siguientes refieren la defensa de Madrid, incidiendo en la denuncia de la falta de armas. Sender no participa directamente en las operaciones; sólo se le presenta cercano a los cuarteles generales. La versión oficial comunista se transmite oral y velozmente, consiguiendo en un principio el apartamiento de Sender de la cúpula del 5º Regimiento. Posteriormente esa versión se vería confirmada por las memorias o crónicas de todos los comunistas más o menos participantes o testigos de la acción.

El novelista responderá con *Los cinco libros de Ariadna* en 1957, es decir, en plena etapa antiestalinista y cuando ya había muerto Stalin. Esa novela supondrá un juicio sumarísimo contra la actuación *mosculari* en España. Con respecto al contraataque de Seseña, narrado en el capítulo XX de dicha novela, no se puede tomar con rigor histórico debido al extremado grado de literaturización —Sender incluye en la conversación hasta un fragmento del *Rudens* de Plauto—. <sup>23</sup> Pero, con las debidas reservas, sí se puede constatar que significativamente el autor modifica en gran manera con respecto a *Contraataque* el relato de aquel día que debió de marcarle para siempre. Viéndose ya libre de la persecución estalinista, que le obsesionó durante toda su vida, hace leña del árbol caído y arremete contra aquella versión oficial.

El Sender de los cincuenta hace girar todo el fracaso —y su propia caída en desgracia— sobre la incapacidad de Líster (en la novela *Verín*, al que presenta como borracho y totalmente inepto) y sobre el asunto de los carros blindados. El mando comunista disponía de veintiséis carros, recién recibidos de la URSS, y contaba con efectuar con ellos un contraataque sorpresa, que liberara Madrid de la presión franquista y reconquistara hasta Toledo. El contraataque falló y Sender considera

<sup>23</sup> Ramón J. SENDER, *Los cinco libros de Ariadna*, Barcelona, Destino, 1977, p. 452.

que a él le tomaron como chivo expiatorio. Las diferencias de la nueva versión con respecto a la de 1937 son considerables. Sender (Baena en la novela) había concertado con Verín que éste dirigiría la operación hasta el mediodía, pero en vista de la incapacidad y embriaguez de éste se encargó de dirigir el comienzo del ataque; después se retiró al puesto de mando para que Verín pudiera disfrutar a sus anchas del gran éxito que se preveía. Contrasta especialmente la imagen deleznable que construye de Verín con la de su jefe de *Contraataque*. Una aportación interesante sobre el tema la podemos encontrar en un documento de la mano de Vittorio Vidali, alias *comandante Carlos*, que publica Donatella Pini Moro, la investigadora que ha aclarado definitivamente los pormenores del hecho; Vidali achaca la pérdida de los carros a pura desorganización y falta de preparación:

[...] Ma la fanteria non seguì i carri armati e quando questi arrivarono all'uscita di Seseña ritornarono al punto di partenza sperando di trovare la fanteria ma nel frattempo il nemico si era riorganizzato e aveva cominciato a combattere contro i carri armati sparando dalle finestre e dai tetti, lanciando bottiglie di benzina (bottiglie Molotov) contro le torrette dei carri armati, alcuni dei quali rimasero immobilizzati e poi incendiati. Anche la fanteria, che incerta aveva atteso alle porte di Seseña, tentò di raggiungere i carri armati, ma ne venne impedita dal fuoco di sbarramento nemico. Tutto terminò in un disastro.

Quando ci riunimmo con Líster mancava il capo di Stato Maggiore della Prima Brigata Mista, Ramón J. Sender. Nessuno l'aveva visto né con i carri armati né con la fanteria.<sup>24</sup>

Con respecto al tema de su supuesta deserción, aparece en *Los cinco libros de Ariadna* totalmente justificada y comunicada a Verín. Uno de los batallones se había desviado de la trayectoria planeada y se había unido a la división de Bustillo (Buriillo en la realidad histórica); como su comandante había muerto, Sender-Baena se va solo de noche a incorporarse a su nuevo puesto. Las reflexiones del protagonista en ese momento se pueden tomar como indicativas de las que se pudiera haber hecho el propio Sender la noche del abandono del puesto de mando:

Viéndome a mí mismo en aquel instante caminando a pie sin haber dormido en dos días conjeturaba si mi escape de la división era o no el reconocimiento público del fracaso. No podía haber hecho otra cosa. No era bastante fuerte para pelear yo solo contra los enemigos francos de enfrente, los enemigos cautos de al lado y los vigilantes de detrás. Yo no era un vencido. Iba a otro terreno en donde me fuera posible todavía la maniobra y tal vez la victoria. Alguna pequeña victoria [...] Me preguntaba quiénes serían los soldados de la división a quienes mi marcha perjudicaría directamente. (p. 462)

Este abandono presumiblemente por mero desacuerdo con la cúpula comunista personificada en Líster es presentado por ésta como causado por la cobardía. Es lógico que los mandos comunistas no permitieran tales síntomas de ineficacia en

<sup>24</sup> Vittorio VIDALI, «Giustizia repubblicana», citado en Donatella PINI MORO, «Degradazione di Ramón J. Sender durante la guerra civile spagnola? Una testimonianza inedita di Vittorio Vidali», *Storia Contemporanea*, 3 (junio de 1988), p. 479. Posteriormente reproducido, como otras aportaciones al caso, en Donatella PINI MORO, *Ramón José Sender tra la guerra e l'esilio*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 1994, pp. 93-94.

un militar, que a pesar del trato con ellos se veía afectado por su pasado anarquista y después por su presente de intelectual independiente. Se impuso la degradación. Profundizar en un tema tan estrictamente biográfico no sólo aporta luz al punto de vista histórico sino que ayuda, por un lado, a concretar el índice de objetividad y utilización personal de una obra literaria como *Contraataque* y, por otro, contribuye a aclarar el grado de adhesión de Sender en cada momento a la ideología comunista, grado que le condicionará constantemente en la posterior elaboración de su obra literaria. Sobre el tema de la degradación, Enrique Lister añade a la versión oficial que, suponiéndole Sender caído en la retirada de Seseña, había llegado al cuartel del 5º Regimiento diciendo haber sido ascendido por aquél, seguro de no poder ser desmentido; lo que sucedió es que fue degradado *in situ*.<sup>25</sup> Esta versión, sin lugar a dudas atrevida y algo alevosa, que no es confirmada por nadie —en cuanto al hecho del falso ascenso—, y más aún en sus variantes verbales, que se difundirían a buen seguro con rapidez entre los medios republicanos y, después, en los grupos de exiliados, es negada por Sender en *Los cinco libros de Ariadna*:

Ni me degradó nadie, ni tuve altercados con nadie y menos de la naturaleza de los que se me atribuyen. Esa historia de mi degradación viene del hecho de que habiéndome obligado a trabajar en una oficina, cosa que había logrado evitar a lo largo de toda mi vida por no crearme con aptitudes, me quité las insignias militares y las metí en un cajón como silenciosa protesta y también como lección. (p. 14)

También parece inverosímil e inocente esta otra versión. De hecho en *Contraataque* se dice muy claro cuándo Sender es capitán, cuándo está en el Estado Mayor —capítulo XVII sobre el contraataque contra Seseña—, pero no se menciona nada sobre su graduación o destino en los capítulos finales; ello abonaría la versión comunista de una degradación o, al menos, apartamiento forzoso del mando y traslado a otros destinos, lo que no se contradiría ni en *Contraataque* ni en *Los cinco libros de Ariadna*. Veamos de nuevo la versión de Vittorio Vidali, quien se presenta como artífice directo de la degradación; a juzgar por el retrato que la profesora Pini esboza de él como maquiavélico ejecutor de asuntos sucios estalinistas y teniendo en cuenta la amplitud de detalles y de testigos que aporta, bien pudiera ser una versión montada sobre una base real, aunque adornada de cierta teatralidad narrativa:

Venni incaricato io di andare a Madrid, di rintracciare Sender e di parlare con lui per decidere sul da farsi. Tutti erano furiosi e se in quel momento fosse stato fra noi sarebbe stato processato per direttissima da una corte marziale, mandato davanti a un plotone d'esecuzione, per diserzione sul campo di battaglia [...] e vidi davanti a me Ramón J. Sender, con la sua brillante divisa di capitano bene stirata, gli stivali lucidissimi, il berretto in testa.

[...] «Tu sei scappato davanti al nemico; hai abbandonato la tua brigata, tradito la fiducia dei compagni... Sei un disertore...»

«Sono andato via perché avevo litigato con il capo della batteria, il consigliere sovietico che non voleva obbedirmi!» [...] Mi avvicinai a Sender che era in piedi, ammutolito,

<sup>25</sup> Enrique LISTER, *Nuestra guerra*, París, Ebro, 1966, p. 82.

spaventato dalla mia irruenza. Gli gettai a terra il berretto, gli strappai le spilline e i gradi di capitano, i bottoni della giacca.

«Vattene! —urlai—. Vattene e sparisci prima che un plotone miliziano ti fucili!»  
 Sender voltò le spalle senza pronunciare una parola.<sup>26</sup>

Donatella Pini, al comentar el documento, inédito hasta entonces, de Vidali, exculpa a Sender del fracaso de la operación y achaca a incompatibilidad de caracteres la ruptura entre él y los demás jefes militares a raíz del desastre de Seseña. Estos mandos habrían cargado las tintas para deshacerse de un elemento que ya tenían considerado como incómodo desde antes. Líster, Vidali, otros jefes comunistas y el mismo Sender bastante después de los hechos presentan esta ruptura, automáticamente posterior al contraataque de Seseña, como definitiva, lo que no se sostiene si se tiene en cuenta que Sender publica *Contraataque*, un libro de inspiración esencialmente comunista, gracias a la infraestructura editorial comunista, en 1938 viaja a los Estados Unidos en una gira de propaganda y dirige desde París *Voz de Madrid*, ambas empresas al servicio de la campaña en procura de ayuda en el exterior controlada por los comunistas. De manera que la ruptura debió de circunscribirse a la cúpula comunista del 5º Regimiento y no afectaría al resto del aparato estatal inspirado por aquéllos, sobre todo en 1938, tan necesitado entonces de cualquier contribución a la causa. Ello encajaría en la ambigüedad e inestabilidad política que Sender muestra en muchas ocasiones y preferentemente en los momentos de crisis ideológica y éste que estamos analizando con toda seguridad fue el más determinante de su vida.

Continuando con el análisis de *Contraataque* y para ofrecer más luz sobre el punto que acabamos de analizar, profundicemos algo sobre el mensaje comunista de la obra. Tras la operación de Seseña los franquistas llegan a las puertas de Madrid; la moral miliciana es fuerte, pero faltan las armas. En el último capítulo llegan las suficientes como para detener el avance franquista; *Contraataque* mantiene en secreto la procedencia de estas armas, pero cualquier lector, por poca información de que dispusiera sobre la marcha de la guerra, sabía que aquellas primeras armas venían como ayuda soviética gestionada por los comunistas. De todas formas, no son suficientes para cambiar el giro de la guerra y acabar con la sublevación. La misión de la obra es hacerlo saber en el exterior —sobre todo en el Reino Unido, Francia y los Estados Unidos— para que las llamadas democracias occidentales se decidieran a ayudar a la República española. Por ello incluso se minimiza cuantitativamente el peso de esa ayuda soviética; apenas aparece en todo el libro alguna alusión a la URSS, pero, cuando la hay, es de la forma más elogiosa desde el punto de vista político:

«... pero hay un país en el mundo, un gran país, cuyos ingenieros no piensan sólo en ganarse la vida; cuyo proletariado, cuando trabaja, sabe que está ayudando a liberarse al mundo, no por el ensueño, sino por la tenacidad en el esfuerzo y por la inteligencia».  
 (p. 292)

<sup>26</sup> Vittorio VIDALI, «Giustizia repubblicana», citado en Donatella PINI, «Degradazione...», cit., pp. 479-480, y Ramón José Sender *tra la guerra e l'esilio*, cit., pp. 94-95.

Esa ocultación intencionada se complementa con la insistencia, a lo largo de todo el libro, en que el régimen republicano no persigue la dictadura del proletariado. Desde el principio de la obra se deja sentado que aquellas medidas que rechazan los rebeldes —leyes sociales de protección al trabajo, impuestos sobre la renta, eliminación de señoríos y predios privados, separación de Iglesia y Estado, reforma agraria moderada, etc.— no son más que un ejemplo de la política reformista burguesa realizada ya en muchos países de Europa (pp. 42 y 43). Pero eso no quiere decir que no se exalten continuamente los valores comunistas. El comunismo español no quiere la revolución ni la dictadura del proletariado, sino sólo la defensa del régimen legal republicano. Y en esa defensa los comunistas intentarán que se utilicen todos los medios disponibles y con el mayor grado de eficacia, organización y disciplina militar.

El pragmatismo comunista se ensalza especialmente frente al anarquismo, que es la otra gran fuerza del momento pero que propugnaba otra táctica militar, no sólo distinta sino contraria a la comunista, es decir, la revolución en la guerra en lugar de la guerra antes de la revolución. Los anarquistas son válidos como personas, esforzados, idealistas, pero peligrosos militarmente por su ineficacia y desorganización. La CNT se ha convertido en un refugio para burgueses, fugitivos y personajes escabrosos. Es la única idea de *Contraataque* que contradice la motivación esencial de la obra; en ella, por lo que se refiere al campo republicano, sólo se habla mal de los anarcosindicalistas y hablar mal de un sector del bando republicano redundaría por fuerza en perjuicio de la imagen del mismo cara al exterior. Es lógico que los anarquistas nunca le perdonaran esa feroz diatriba contra ellos, enmarcada en la ofensiva contrarrevolucionaria promovida por el aparato comunista, esencialmente contra la CNT y el POUM. En 1938 se publica *Contraataque* y Sender vuelve a España. Años después repetirá que por entonces pretendió unirse a las tropas cenetistas y que los comunistas no se lo permitieron. Es muy presumible que, aunque esto último no hubiese sido cierto, aquéllos no lo habrían admitido de buen grado en su entorno. Veamos en una reseña anónima sobre el libro *Madrid rojo y negro*, del cenetista Eduardo de Guzmán, una crítica de *Contraataque* en una revista literaria de la CNT. Es indicativa de la imagen de que Sender podía disfrutar en aquellos medios:

En el libro *Contraataque*, Ramón J. Sender, tráfuga de las ideas y de la literatura, escritor de casa y boca en la plantilla de la burocracia soviética, ha tenido la desvergüenza de ocultar nuestra intervención destacadísima en la defensa de Madrid, y el atrevimiento remunerado de presentar unos personajes «anarquistas» que no son como los libertarios somos en realidad, sino como a ese escritor de alquiler le agradaría que fuésemos, para justificar así el no haber podido vivir en nuestro campo, el no haber sabido luchar entre nosotros. La mejor respuesta a *Contraataque* es este libro vigoroso y dinámico de Eduardo de Guzmán. Lo que Sender oculta bajo tupidos velos de secta, Eduardo de Guzmán lo pone al descubierto, bajo la luz viva y roja de la verdad de nuestra lucha. Lo que el tráfuga pretende cubrir de lodo, aparece aquí sin escoria.<sup>27</sup>, etc.

<sup>27</sup> [Sin firma], «*Madrid rojo y negro*. Eduardo de Guzmán. Madrid, Frente Libertario, 1938», *Timón*, [Barcelona, Tierra y Libertad] (noviembre de 1938), p. 187.

Para que los cenetistas vuelvan a admitirle como compañero y aliado frente a los comunistas tendrán que llegar los años del exilio mejicano, en que Sender colabore con el sector reformista de aquéllos y con los elementos más cercanos al antiguo POUM. Será la etapa más furibundamente antiestalinista de Sender. Se comprende que por entonces renegara de su etapa procomunista, insistiendo a menudo en que su antiestalinismo se remontaba al viaje a la URSS. En cuanto a *Contraataque*, también intentará desdecirse. La muestra más palpable es la propia «Introducción» de la edición de Almar. En ella Sender explica que cuando se publicó *Contraataque* en 1938 el entonces ministro comunista de Educación, Jesús Hernández, le cambió una frase esencial: donde decía «algunos creen que yo soy comunista y me extraña, porque no lo soy», pasó a decir «y no me extraña porque lo soy». Sender considera la corrección absurda y falta de sentido.<sup>28</sup> Independientemente de la presunta intervención de Jesús Hernández, no inverosímil en aquellas fechas, no parece del todo absurda la versión corregida si se considera que «ser comunista» por aquellos días no implicaba necesariamente pertenecer al partido. En ese sentido, el Sender de 1938 podría mantener el aserto, aunque el del exilio nunca pudiera aceptarlo. En la «Introducción» Sender dice que admitió la corrección para evitarse dificultades a la hora de recuperar a sus hijos, ya huérfanos, procedentes de la España franquista. No es creíble que, al redactar, Sender estuviera pensando en agilizar unas gestiones que llevó a cabo la Cruz Roja Internacional, organización independiente, que nunca controlaron los comunistas. A mayor abundamiento la versión inglesa mantiene la corrección:

Thinking that I was a communist, and I have very often been taken for one, and there would be nothing much in that, as I am one [...].<sup>29</sup>

Más bien habría que pensar en un sincero y ferviente arrepentimiento de un no menos sincero y ferviente comunismo, aun utilizando obligaciones familiares.

Al final del último capítulo de *Contraataque* aparece un tema nuevo: la mujer e hijos del protagonista, de los que no se habla en el resto de la obra. En los primeros capítulos refiere Sender cómo el alzamiento le sorprendió de veraneo en la sierra de Guadarrama y en una zona desde el principio en manos rebeldes. En la realidad histórica él estaba con su familia —mujer y dos hijos—; sin embargo, en el libro habla de sí mismo siempre en singular con insistencia intencionada. Se pasa a zona leal con unos conocidos, mientras que su familia quedaba en zona sublevada para llegar posteriormente a Zamora; pero de esto último no se dice nada hasta el final del libro. En el resto de *Contraataque* sólo se esboza una mínima alusión al tema —«[...] yo pensaba en los míos, que habían quedado al otro lado de la sierra» (p. 124)—. No se habla más de ellos; sin embargo, choca que se cuente en el capítulo XII la relación adulterina del novelista. En un combatiente que narra sus experiencias y

<sup>28</sup> Ramón J. SENDER, *Contraataque*, ed. cit. de 1978, p. 12. Cita en p. 44 (p. 22 de la ed. de 1938).

<sup>29</sup> Ramón J. SENDER, *The War in Spain*, Londres, Faber & Faber, 1937, p. 19.



trata de conmover al lector, habría sido lógica una cierta frecuencia de alusiones familiares, lo que aumentaría la razón de ser de la lucha. Pero no sólo no aparecen dichas alusiones sino que Sender es consciente de la ocultación, y lo dice precisamente en el capítulo XII:

Ya he eludido hablar de mi vida familiar, que pensaba dejar en la sombra de mi intimidad. He huido siempre, además, de lo autobiográfico en mis escritos. [...] Esa verdad no había de llegar para mí hasta dos meses después. (pp. 201-202)

Sender da a entender que reflexionar sobre estos temas supondría debilidad sentimental, síntoma de personalidad pequeñoburguesa. El autor, quizá imbuido del concepto leninista de vanguardia, asume esa negación revolucionaria del carácter familiar. Pero no cayó en que ese sentimentalismo familiar no hubiera desentonado con el idealismo popular relacionado con la extracción social de la causa republicana. La ocultación familiar también denota cierto complejo de culpa por la separación de julio, que quizá no fue una mera separación física sino que pudo estar causada por desavenencias conyugales. Ello explicaría la naturalidad del episodio adulterino del capítulo XII, que presenta al autor como desligado de las relaciones firmes y estables con su mujer. Al final del último capítulo y sin conexión con el resto de *Contraataque*, Sender cuenta que a últimos de diciembre se enteró por medio de un miliciano de la suerte negativa que corrieron su mujer e hijos después de la separación de Guadarrama. Amparo Barayón, al volver a Zamora —dos hermanos suyos habían sido fusilados—, fue encarcelada y posteriormente asesinada por las autoridades sublevadas. También era fusilado Manuel Sender, hermano del novelista, que había sido alcalde de Huesca. Se trata de un colofón dolorido, en el que los únicos culpables son los fascistas. No aparece ninguna alusión a su propia responsabilidad involuntaria en la separación o incluso en la presunta inculpación por parte de los fascistas a Amparo, que no dejaba de ser la esposa de un escritor famoso comprometido con la causa, no sólo republicana sino también revolucionaria.

Desde luego el tema de la culpa y su expiación es insistente y obsesivo en la obra senderiana. Ahondar en este punto oscuro excede quizá los límites de un análisis meramente literario; pero, a la luz de su obra de preguerra, puede proporcionarnos información sobre la función de este epílogo dramático y familiar en *Contraataque* y sobre una posible proyección de este momento hacia todo el futuro biográfico —familiar— y literario del novelista. Y para comprender la obra de Sender, tanto la anterior a la guerra como la posterior, hay que referirse a un aspecto de ella, con una relación estrecha con la biografía y con la mentalidad vital del autor, aspecto sólo relativamente secundario, como es el de la presencia o ausencia en su obra de la mujer (de la esposa), antes de la muerte de Amparo y después de ella. Dicho tema concierne lógicamente a la idea que Sender tenía del matrimonio y por lo tanto de su esposa, antes y después de 1936.

En la primera obra de Sender apenas hay mujeres protagonistas. Sólo santa Teresa —y, a juzgar por el título de la novela y la espiritualización del ímpetu se-

xual, es casi un personaje asexual— y Milagritos, que es ya esposa. Únicamente estas dos, frente a una amplia galería de personajes masculinos (Viance, *mister* Witt, Samar...), todos ellos más o menos emparentados con el propio Sender. Habría que deducir una aparente falta de interés por la mujer o por la esposa. Sender literaturiza todo lo que le rodea y le sucede (su infancia, su pueblo, los estudios, su abuelo, su padre, sus hermanos, el ejército, el periódico, la cárcel, la revolución, la guerra, el exilio); sólo hay una ausencia —su esposa— que se hace casi misteriosa en la obra de preguerra y que, después de la guerra civil y de la muerte de Amparo, sólo origina *Los cinco libros de Ariadna* y algunas alusiones más, dispersas y circunstanciales. Este vacío en su primera obra concierne a la idea de Sender sobre el matrimonio y adquiere una perspectiva nueva si es iluminado por textos posteriores que se refieren a mujeres casadas con escritores o genios de algún tipo. En 1976 Destino comienza la publicación de la *Obra completa* de Ramón J. Sender y en el primer tomo aparece un «Prefacio del autor sobre las novelas históricas». En él Sender se refiere a «Las gallinas de Cervantes», sobre un tema que le apasionó cuando lo eligió: el gran hombre casado con una oscura mujer de pueblo. No se trata del Antonio Azorín, arrastrado en su autoaniquilamiento al matrimonio anulador, sino del genio que continúa su historia a pesar del matrimonio y de la esposa:

No es extraño que doña Catalina no aparezca después en la vida del escritor y que éste vaya y venga solo o mejor o peor acompañado por Madrid o Valladolid o Sevilla y no se refiera nunca a ella directa ni indirectamente.<sup>30</sup>

Pudiera parecer arriesgado presuponer en estas líneas alusión tanto al propio Sender como a Cervantes —dentro de la constante del autor por identificarse con sus personajes—, pero no lo es tanto reflexionar sobre el hecho de que Sender no considera extraño el que un autor, consciente de la mediocridad de su cónyuge, comparada con su figura pública, se permita el lujo de no tenerla en cuenta en su obra. Y no se trata de un caso aislado; a lo largo de la obra senderiana pueden detectarse alusiones similares. Tampoco hay que entender en esta actitud menosprecio misógino. Sender ama a la mujer, a veces demasiado. Pero no lo cree suficiente como para construir personajes de la envergadura de los protagonistas basados en él mismo o en figuras históricas. Su posición se puede leer entre líneas cuando analiza la obra de Baroja en *Examen de ingenios*; aunque está hablando de Baroja, cualquiera podría sospechar que también se está refiriendo a sí mismo:

Baroja describe mucho mejor lo que odia que lo que ama.  
Lo que ama (por ejemplo, las mujeres) carece de relieve, en su obra.  
Las mujeres de Baroja son sombras tímidas y fugitivas. Y es lo único que, ocasionalmente, ama Baroja. La falta de relieve de esas mujeres no puede menos de chocar a los lectores que sabemos que Baroja era un hombre de una masculinidad exacerbada e insaciable.<sup>31</sup>

<sup>30</sup> Ramón J. SENDER, «Prefacio del autor sobre las novelas históricas», *Obra completa*, tomo I, Barcelona, Destino, 1976, p. 15.

<sup>31</sup> Ramón J. SENDER, *Examen de ingenios. Los noventayochos*, Méjico, Aguilar, 1971, p. 238.

Para Sender la anulación de la mujer está en el matrimonio. Lo pudo ver desde su infancia en el caso de su madre —otra ausencia en su obra—, cuyo porvenir profesional y tranquilidad emocional fueron truncados por su matrimonio. Defendió el amor libre —sin trabas legales— en su etapa anarquista, incluso hasta en *Carta de Moscú sobre el amor*. Y poco después de volver de la URSS se casó, con lo que su pareja ingresó en la categoría de mujer casada y lo que ganó en estabilidad sentimental y familiar lo perdió como figura literaturizable.

Una interesante aportación la ofrece el libro *Muerte en Zamora* de Ramón Sender Barayón, hijo de Ramón J. Sender,<sup>32</sup> que con poco rigor científico dispone de una ventaja inmejorable. Sender Barayón viene a España en 1983 y visita a un gran número de parientes y conocidos de Ramón J. Sender y de Amparo Barayón; gracias a todos esos testimonios orales reconstruye la historia que le interesa: la vida de su padre con su madre, la muerte de ésta y la posterior actitud de aquél. Este libro supone un acto de desagravio con respecto a la figura de Amparo, víctima inocente del holocausto de la guerra civil pero también de la actividad beligerante de su marido. Ambos se conocieron poco después de la llegada de aquélla en 1930 a Madrid, tuvieron relaciones desde entonces, inestables a veces y probablemente alternadas con otras aventuras sentimentales. Aunque vivan juntos por lo menos desde comienzos de 1934, no habrá todavía —y probablemente nunca— una auténtica fidelidad conyugal. Aparte de los frecuentes altibajos sentimentales del novelista, quizá tampoco Amparo, de mentalidad bastante progresista comparada con las mujeres de su clase, edad y época, estuvo al margen de dicha inestabilidad. Su hijo Ramón, a pesar de todo el respeto que evidencia por ella a lo largo de su libro, relata un hecho que —entre las brumas de la incertidumbre— aventuraría tal suposición; se trata de una ruptura entre Sender y su mujer en puertas del matrimonio, relatada por el propio Sender padre en una grabación:

En ella clamaba que Amparo y él habían roto sus relaciones muy pronto y que Amparo se había ido a Zamora para obtener un aborto. [...] Mi padre continuó diciendo que entonces ella tuvo una aventura amorosa, volvió a quedarse embarazada y luego regresó a Madrid. Allí se abandonó a su merced y él la recogió magnánimamente, prometiéndole que reconocería a su hijo como propio. Se trataba de mí. (p. 42)

Junto con etapas turbulentas, también hubo otras más tranquilas y fecundas, como la época en que Amparo colabora como secretaria en la redacción de *Míster Witt...* Ya vimos cómo en cierta forma algo de Amparo pasó a Milagritos; con ello terminaría la presencia de Amparo en la obra de preguerra de Sender. El final dramático de *Contraataque* sería la siguiente aparición. Ramón Sender Barayón cuenta en su libro la odisea que tuvo que sufrir Amparo con sus hijos desde la separación. Mientras tanto, su marido mantuvo la actividad bélica y política, así como las relaciones extraconyugales. Sender Barayón aporta algunas novedades

<sup>32</sup> Ramón SENDER BARAYÓN, *Muerte en Zamora*, Barcelona, Plaza-Janés, 1990.

que matizarían el indudable golpe que recibiría su padre al enterarse de la tragedia de Amparo. En primer lugar adelanta casi en dos meses la fecha en que Sender conocería dicha noticia; en *Contraataque* se habla de fines de diciembre, mientras que Sender Barayón la fija el 6 o el 7 de noviembre, fecha que le fue aportada por la hija del hombre que comunicó a Sender los hechos (p. 206). Si ello fue cierto, supondría que todo ocurrió sólo una semana después del frustrado contraataque de Seseña y la ruptura con el equipo de Líster y sólo un par de días después de la llegada de las tropas franquistas a los arrabales de Madrid. Es de imaginar y de comprender el estado de ánimo de Sender y el definitivo apartamiento de la actividad militar.

Otra matización de Sender Barayón es más sorprendente, especialmente si en realidad no tiene razón en la fecha temprana de la noticia citada. Por los mismos días en que Sender recuperara a sus hijos, trabaría contacto con Isabel Altube —él la llama Elizabeth—, con la que se casaría en Barcelona al instante —realmente en aquellos días la costumbre social del matrimonio se simplificó vertiginosamente—. La rapidez de la sustitución de Amparo, a pesar de su trágico fin, adquiere mayor relieve al considerar que la nueva unión sólo duraría año y medio. En la estancia parisina Sender entablaría relaciones con Anya Herzog, una rubia periodista austriaca. Poco después marcharía con sus hijos a Norteamérica. El esbozo de este aspecto biográfico nos ilustra no sólo sobre la particular moralidad y concepción de las relaciones humanas —familiares y conyugales incluidas— de Sender, sino sobre la proyección de las mismas en la confección de *Contraataque*. La redacción de este libro en los primeros meses de 1937 respondió a un plan de trabajo habitual en el novelista: él dictaba y su esposa copiaba; sólo que en este caso se trataba de Isabel Altube. Ello añadiría nuevo sentido al pudor con que es tratado el tema de Amparo Barayón en el libro.

Al fin y al cabo todo este tema tan humano excedía del carácter del libro, pretendidamente objetivo y apenas novelesco. Y precisamente ahí está el defecto que señala la escasa crítica que se ha ocupado del libro. Desde luego es una desventaja que afecta en general a gran parte de la literatura española comprometida directamente con alguno de los bandos enfrentados en la guerra civil, cuya inmediatez se extrapoló peligrosamente al propio concepto artístico utilizado. El mismo Sender será consciente de esta deficiencia de su libro sobre la guerra. En 1978 se publicó la edición de Salamanca y redactó la «Introducción» para la misma, en que el novelista se desdice de toda la carga ideológica y estalinista de la obra; en ese año publicó un interesantísimo artículo acerca de su opinión sobre la guerra y en especial de la guerra civil. Entre otras ideas juzga como errónea cualquier obra literaria elaborada sobre dicho tema:

Todo lo que podemos decir de la literatura de las guerras civiles es que no es producto de una mente serena sino exaltada. No es la razón la que escribe sino la pasión estimulada por el espíritu de agresión o defensa y por la oportunidad y la necesidad de combatir.

Cuando se reúnen estas circunstancias es muy de temer que la obra literaria no puede ofrecernos gran cosa. Ni en el campo de Franco ni en el nuestro se escribió nada notable.<sup>33</sup>

Sender en el exilio habría despojado el hecho de la guerra de todos sus condicionantes sociopolíticos y lo consideraría como algo impuesto necesariamente por la propia condición humana. De manera que eludiría en su producción futura datos y circunstancias concretas para utilizar la presencia de la guerra como cobertura literaria de la esencia del hombre; en otras palabras: después de la pretendida objetividad de *Contraataque* no habrá más objetividad.

---

<sup>33</sup> Ramón J. SENDER, «Desde este paréntesis», *Camp de l'Arpa* [Barcelona], 48-49 (marzo de 1978), p. 6.